



## NOTAS SOBRE EL MONTAJE DE LA EXPOSICIÓN

A. Ràfols Casamada

Cuando nos planteamos el problema del montaje de la exposición ADLAN, partimos de la base de que la exposición «tradicional» — presentación de unos cuadros, fotografías, esculturas, objetos, etcétera, sobre un fondo neutro — resultaba poco interesante. En una época en que los medios audio-visuales de comunicación han llegado a tan gran desarrollo, una exposición del tipo de la de ADLAN, donde el material a exponer era poco y lo importante era explicar lo que había sido este grupo como promotor y estimulador dentro del ambiente cultural de Barcelona, en un período de tiempo determinado, requería un montaje adecuado. Creíamos que era mediante este montaje como podíamos expresar una serie de ideas sobre ADLAN, su contexto histórico y ciudadano y lograr que estas ideas fuesen plenamente comprensibles.

Para ello pensamos que la mejor manera era valernos de una serie de «citas» visuales y auditivas, recopiladas de las revistas, periódicos y discos de la época, que formasen, intencionadamente distribuidas, una antología de los hechos más destacados, de las personalidades populares de aquellos años, del carácter de la época.

La ordenación de este material la concebimos pensando cuál hubiera sido el proceder de ADLAN en el caso de ser los encargados de montar dicha exposición. Así pues, le dimos un cariz serio y a la vez irónico, a la manera de las presentaciones del propio ADLAN, remarcando esta intención por medio del gran mural foto-montaje de la entrada, cuyas formas transcribían en un concepto actual el «estilo» de los años 30, con elementos del Music-hall, figuras de artistas de cine, de coristas, etc., y a lo largo de todo el recorrido laberíntico de

la exposición. Aislamos los objetos del propio ADLAN — libros, cuadros, esculturas, catálogos, etc. — en unas vitrinas para dar una imagen de lo que ADLAN había sido en su época: un «estar» en el contexto de la misma, pero a la vez una forzosa marginación ante una cultura oficial, que se consideraba avanzada pero que ellos no aceptaban. ADLAN era una especie de isla en el mundo de los años 30.

Por medio de este montaje se intentaba reproducir — desde los años 70 — el contexto en el que ADLAN se movía y a la vez dar una visión del mismo. El espíritu irónico de este grupo lo matizamos con unos elementos, dentro de la línea logicofobista, como los faralanes rosa en las vitrinas.

Después del montaje de la exposición llegamos a unas conclusiones, no tan sólo referentes a este grupo en el que habíamos intentado profundizar, sino también sobre lo que debe ser el montaje de una exposición de este tipo para que interese al público. Consideramos que una exposición debe ser como un signo: el montaje será el significante y el contenido total de la misma, el significado. Montaje y contenido deben formar una totalidad. Si existe acuerdo entre ambos, incluso empleando un lenguaje vanguardista o provocativo, el espectador capta el mensaje, el proceso de comunicación se establece y la exposición cumple su misión.

Éste es un camino abierto, en el que, todavía hoy, queda mucho por recorrer hasta llegar a una renovación total del lenguaje expositivo. Considerar hoy objetos y montaje como elementos separados, tal como se viene haciendo en general, conduce necesariamente al desinterés y a la indiferencia del visitante.







